

# La especulación, fase superior del capitalismo

José Ángel Moreno

*Economista. Director de Acontecimiento.*

*Miembro del Instituto E. Mounier.*

## Las raíces de la especulación

La súbita caída a los infiernos de Mario Conde ha sido saludada en no pocos medios como el final oficial de la oleada especulativa que ha sacudido a España durante los últimos años. No deberíamos, no obstante, dejarnos cegar por impresiones apresuradas: ni el capitalismo especulativo ha acabado con Conde ni es un problema solamente español.

Antes bien, se trata de un fenómeno genuinamente internacional: uno de los que mayor incidencia ha tenido en la reciente evolución de la economía mundial, susceptible de ser considerado como caracterizador de toda una fase del sistema y que responde no tanto a la fortuita aparición de personajes novelescos, sino a factores objetivos. Factores que son los que explican su simultánea y en absoluto casual generalización en prácticamente todo el mundo. Una generalización, en efecto, que es fruto del propio desarrollo de la economía de mercado: y muy especialmente, de los intensísimos procesos de liberalización e internacionalización que viene experimentando.

Se trata de una compleja evolución impulsada por las propias necesidades productivas y comerciales, pero que, a partir de un determinado nivel, desata una dinámica autónoma, generando un impresionante crecimiento de

los movimientos internacionales de capital. Si bien en un primer momento estos movimientos son un correlato lógico del movimiento de mercancías, se van haciendo cada vez más independientes de la economía real, superando abismalmente en la actualidad al comercio internacional.

El nuevo espacio unificado que surge es, así, un espacio progresivamente dominado por el capital financiero. Un capital que no siempre se plantea los mismos objetivos que el directamente productivo: particularmente, por su enorme movilidad, por su falta de arraigo, por su capacidad de abandonar el lugar en que circunstancialmente recalca en cuanto se reduce mínimamente la rentabilidad de ese emplazamiento.

Se ha conformado, de esta forma, una acusada «financiarización» de la economía internacional, presidida por una preponderancia cada vez mayor de las entidades y de las actuaciones financieras, crecientemente orientadas hacia operaciones a muy corto plazo: especialmente, en el terreno internacional, dirigidas a rentabilizar las diferencias y las variaciones de los tipos de cambio y de interés. Es la esencia de la llamada «especulación monetaria», en la que pueden conseguirse beneficios escalofriantes en muy breve plazo, sin fundamento real y con terribles daños para las

diferentes economías nacionales. Va tomando cuerpo así una economía crecientemente alejada del sector productivo, mucho más lucrativa que él y cada vez más centrada en sí misma: una economía «de casino».

## La contaminación

Esas grandes y volátiles sumas de dinero «caliente» han impulsado, al tiempo, un hiperdesarrollo financiero que ha conducido a la economía mundial a las mayores cotas de inseguridad y riesgo conocidas, haciéndola mucho más vulnerable ante incidencias imprevistas.

Pero además, esa superlucrativa especulación internacional ha contagiado velozmente sus efectos a escala nacional. La lógica del beneficio fácil y rápido ha contaminado todo el sistema, deformándolo seriamente, pues aún las empresas productivas han orientado crecientemente sus actividades hacia operaciones financiero-especulativas. Operaciones concretadas casi siempre en comprar barato para vender caro, en el menor plazo posible y con una mínima transformación. Algo que ha acabado por debilitar significativamente los tejidos productivos nacionales, al marginarse progresivamente la inversión productiva. Un fenómeno, claro está, que ha sido más fácil y rápido en aquellos países en que —como en España— menores son

la tradición y el peso de la actividad productiva; pero también donde —por la mayor debilidad de su sistema democrático— mayores han sido las posibilidades de manipulación del mercado: donde más facilidades han existido para la circulación restringida de informaciones reservadas. Pues ésta es, en efecto, la base de todo negocio especulativo: el «pelotazo», conseguido no tanto por un golpe de suerte como por la disponibilidad de información estratégica, conseguida casi siempre a través de remuneradoras relaciones con el poder político.

Por eso, cuando se generaliza la especulación a gran escala, cuando mayores son los beneficios que produce, más probable se hace la paralela expansión de la corrupción.

No puede extrañar, por ello, que el capitalismo descarnadamente especulativo de nuestro tiempo acabe convirtiéndose en un peligrosísimo agente corrosivo para la democracia, poniendo al Estado a su servicio. Algo, a la postre, que no ha podido dejar de impulsar el patente proceso de desmoralización que aqueja a nuestras sociedades, su pérdida de confianza en todo proyecto colectivo y su paralelo refugio en el único valor tangible: el dinero. Se consolida con ello la cultura del individualismo feroz y desencantado, ilusionado sólo por un nuevo modelo social: el del avisado hombre de negocios que, a través de operaciones sorprendentes debidas a su ingenio y a su falta de escrúpulos, consigue ascender con rapidez inusitada al Olimpo económico. La mítica ética emprendedora del capitalismo se ve sustituida por la amoralidad del pícaro.

No son escasas, en definitiva, las distorsiones generadas por

este nuevo modelo de capitalismo, tanto políticas y morales como, incluso, económicas, permitiendo su cuestionamiento desde la perspectiva de la propia racionalidad económica en que pretende fundamentarse. Algo que empieza a ser cada vez más evidente para muchos analistas, que coinciden en considerarlo como una malformación patológica circunstancial de la economía de mercado.

### Un producto del sistema

No obstante, podría interpretarse este fenómeno desde una perspectiva radicalmente distinta y, en mi opinión, más sólida: como un resultado lógico del capitalismo cuando se le deja desplegar libre de límites institucionales; como un producto directo de la mal llamada libertad de mercado. Cuando el desarrollo libre y desbocado del mercado sobrepasa un determinado nivel y se emancipa exageradamente del control de la sociedad, acaba mercantilizando todos los ámbitos de la existencia, sometiendo crecientemente a la sociedad a su gélida lógica. En ese tránsito, la sociedad va quedando paulatinamente inerte, desmoralizada, unidimensionalizada: carente de instrumentos e instituciones que canalicen convivencialmente al mercado. En esta situación, toda moral social se subordina a la fría persecución del beneficio, perjudicando a la larga a la propia base económica, que, huérfana de todo límite ético, termina debilitada por su misma obsesión economicista y cortoplacista.

De esta forma, y parodiando la famosa frase de Lenin, podría considerarse al capitalismo hiperespeculativo de nuestro tiempo no como una «malformación», sino, antes bien, como una fase avanzada del capitalismo madu-

ro, como «la fase superior del capitalismo»: aquella etapa a la que éste abocaría inevitablemente si consiguiera liberarse de todas las ataduras extraeconómicas, en el marco de una evolución natural —como demostrara Marx— eminentemente autodestructiva.

En esta perspectiva, cabe pensar que la única vía de solución a los problemas globales planteados por este tipo de capitalismo debe ir en la línea de desvirtuar el sistema, de descapitalizarlo. «Encadenar el gigante especulativo» —feliz expresión de L. de Sebastián— sólo sería posible, así, encauzando y compensando el mercado con otros criterios, para que su libre desarrollo no produzca monstruos que acaben tiranizándonos.

Nada, por otra parte, nuevo, pero que en nuestro tiempo sólo puede ser viable a escala internacional, pues esos criterios compensadores a escala nacional supondrían desventajas comparativas de competitividad en el escenario mundial.

Ésa es la más urgente utopía razonable de nuestros días: avanzar hacia un concierto internacional pactado en torno a una nueva concepción del desarrollo, más lento, quizás, pero más equilibrado, justo y sostenible. Un concierto en el que todos los pueblos puedan tener su voz y su voto.

No se trata, en definitiva, sino de ese viejo anhelo de la razón que aspira a que los objetivos conscientes del ser humano puedan primar sobre la lógica ciega del capital, para evitar que su fecundidad incontrolada acabe —como intuyó ese profeta lúcido y sencillo que fue Mounier— haciendo de la economía «un inmenso juego de azar» ingobernable, absurdo y, a la postre, ruinoso. **A**